

terminarian su querrela cuerpo á cuerpo en una isla, en un puente, ó en un barco, á fin de ahorrar la sangre de sus vasallos: pero si el duelo no tenia efecto, se proseguiria la guerra con todo esfuerzo entre los dos Príncipes hasta que el uno hubiese reducido al otro al estado de simple caballero. Cárlos V no dejó de añadir que todo le aseguraba la victoria, el buen estado de sus negocios, la feliz disposicion de sus súbditos, el valor de sus soldados, la esperiencia y valentia de sus capitanes; en lugar de que los negocios de Francisco estaban arruinados, segun decia, sus vasallos mal dispuestos, sus tropas miserables, y sus oficiales tan destituidos de capacidad, que si los suyos no valiesen mas, iria con la sogá al cuello á arrojarse á los pies de su enemigo para obtener su misericordia.

El Papa, los cardenales y los señores, se miraban con admiracion unos á otros, como dudando todavía que lo que oian decir al Emperador saliese de su boca. Los embajadores de Francia, igualmente asombrados y menos reservados, hecharon en rostro al Emperador en términos espresos la violacion de su palabra. Iban á proseguir cuando los interrumpió ásperamente: les dijo que ya les comunicaria su discurso para que respondiesen de él á sangre fria, y se retiró sin oír mas palabra. Luego que hubo salido, el Papa les dijo con sinceridad, que si hubiese previsto lo que acababa de acontecer, hubiera tomado medios eficaces para precaverlo. Apresuróse á procurarles una audiencia, donde el Emperador, vuelto ya á su buen sentido, y avergonzado de su despropósito, quiso

corregir lo que no era susceptible de paliativo alguno, especialmente eludiendo, como lo hizo todavía, su antigua promesa de entregar el Milanesado. Asi pues, los embajadores escribieron al Rey que si no queria absolutamente pasar por este artículo, no debia pensar mas que en la guerra (1). Añadieron para divertirle la relacion de las baladronadas del Emperador. El vencedor de Marignan, que era seguramente tan valiente caballero como el de Tunez y de la Goleta, respondió en tono de chiste que no hallaba interesado su honor en el desafio del Emperador: que sus espadas eran tambien demasiado cortas para medirse de tan lejos; pero que si llegaba á una guerra mas formal, se dejaria ver de Cárlos tan de cerca, que podria éste tomar el género de satisfaccion que desease, y que él mismo haria conocer á todo el mundo si era la gloria ó el peligro lo que miraba en el combate.

44. y 45. Una guerra violenta sucedió en breve á estas alternativas, y al favor de una traicion cometida por el marqués de Saluces, hizo Cárlos V una irrupcion en Provenza con un ejército numeroso (2). Para colmo de los males, supo el Rey en esta ocasion la muerte del Delfín, envenenado por Montecuculi, su copero, quien, antes de ser descuartizado, dijo haber sido solicitado á este delito por dos generales del Emperador. Mas parece que este Príncipe no tuvo

(1) *Dupleix. t. 3. p. 408.* (2) *Du Bell. l. 6. in fin. et l. 7. — Ferron. in Franc. I.*

inteligencia en esto, pues con aquel tono de verdad que se remeda difícilmente, protestó, que hubiera querido mas perder todos sus estados que ser participante de este borron execrable. A este golpe desolador, dando el Rey un profundo suspiro, y levantando las manos al cielo, exclamó: „Dios mio, debo sin duda sufrir con paciencia todo lo que viene de vuestra mano poderosa; ¿pero de quién debo esperar, sino de vos mismo el valor que necesito para no perderme? Habeis ya permitido el destrozo de mi reputacion, el mas estimable de todos los bienes, y ha sido de vuestro agrado añadir á esta prueba la muerte de mi hijo; ¿qué falta ya, Señor, sino aniquilarme absolutamente á los ojos de los hombres? ¡Oh! vos, que sois bastante poderoso para fortificar la flaqueza misma, dadme á lo menos la fuerza de adorar sin murmuracion vuestros decretos terribles. „El Señor concedió al piadoso Monarca mas de lo que pedia. Los imperiales, despues de muchas tentativas sobre Marsella y sobre algunas otras plazas fuertes de Provenza, no pudieron apoderarse de ninguna, y el Emperador con un egército arruinado por una escaséz tan grande que faltó alguna vez el pan en su mesa, por las enfermedades contagiosas que arrebatában cada dia centenares de soldados, por la vigorosa resistencia de las guarniciones, y por el celo de los mismos paisanos que pasaban á cuchillo á cuantos se desviaban del grueso del egército, se vió precisado á evacuar el pais, y embarcarse precipitadamente para Niza.

46. Esta fatalidad hizo á Cárlos V mas manejable

que antes, y el Papa se aprovechó de estas circunstancias para buscar una reconciliacion entre los dos Príncipes rivales. Paulo III, no obstante su avanzada edad de mas de sesenta años, se encaminó á la frontera de Francia, donde los vientos contrarios detuvieron al Emperador mucho tiempo, y trató separadamente con ámbos Príncipes, temiendo que su mútua vista despertase los ódios que solo estaban entorpecidos. No pudo hacerles concluir una paz absoluta: pero haciéndolos convenir en una tregua de diez años, obtuvo lo que para la celebracion del concilio hacia casi el mismo efecto que la paz.

47. En esta conferencia de Niza confirmó además Paulo III, ó mas bien renovó la gracia expectativa concedida otra vez, bajo el nombre de indulto, por Eugenio IV, tanto al canciller de Francia como á los magistrados del parlamento de París, aunque despues de Eugenio quedó casi sin efecto por las disposiciones contrarias de la pragmática-sancion (1). Francisco I declaró que los indultados serian preferidos á los graduados, aun los que estuviesen nombrados, y que los cardenales estarian sujetos al indulto, lo mismo que los demás preladados.

48. Como no se hablaba por todas partes mas que de reforma y de concilio, Herman de Weiden, arzobispo de Colonia, congregó en esta ciudad los obispos de su provincia, junto con otros muchos doctores sábios, y publicó gran número de escelentes estatutos, que en nada manifiestan el escándalo que su

(1) *Libert. Gallic. t. 2. p. 175.*



apostasía dió en lo sucesivo (1). Están divididos en catorce partes, y cada parte en un número todavía mas grande de capítulos. Se trata en ellos de los dogmas y de las ceremonias de la Religion, de la disciplina clerical y monástica, del arreglo de las costumbres, de los deberes de cada estado, en una palabra, de casi todo lo que tiene relacion con el buen gobierno de la Iglesia. Sin embargo, el piadoso y docto Sadoletto, aplaudiendo en sus cartas las miras del arzobispo y de su obra, le reprende de no haber dicho nada del purgatorio en el capítulo de la satisfaccion, donde era muy natural hablar de él. Este silencio, de que los hereges no dejarian de aprovecharse, es mucho mas sospechoso en un concilio que siempre descende á los puntos mas individuales, y mas siendo por otra parte el purgatorio y las indulgencias el primer escollo en que habia naufragado la fe de los audaces reformadores.

49. Enrique VIII, árbitro del estado y de la gerarquía, no se creyó con menos derecho que estos perturbadores de prescribir leyes á los concilios (2). Dirigió á los Príncipes cristianos, contra la convocacion de los prelados en Vicencia como en Mántua, un manifiesto fundado en los mismos principios que la resistencia de los protestantes; y su doctrina, en efecto, no era diferente de la de ellos, en un punto en que se confunden el cisma y la heregía. El concilio de que se trataba, y por consiguiente todo concilio le parecia ilegítimo, porque el Papa debia presidirle,

(1) *Conc. t. 14. p. 484. et seq.* (2) *Pallav. l. 4. c. 7.*

porque los obispos, dependientes del Papa, tendrian únicamente voto decisivo, y porque las mismas personas serian jueces y partes. Todo cuanto el Vicario de Jesucristo hacia para retirar á este Príncipe del abismo, servia solamente para sumergirle mas.

Entonces fue cuando una infinidad de religiosos del orden de San Francisco, que se distinguió particularmente en esta persecucion, fueron sacados de los calabozos, donde penaban tanto tiempo habia, para ser entregados á la muerte. Antonio Brorbey fue ahorcado inmediatamente. Tomás Cortus, de casa ilustre, murió en su calabozo, y se ignora de qué modo. Hicieron morir en él de hambre á Tomás Belchiam. Sacaron otros treinta y dos, y los arrastraron cargados de cadenas á lugares remotos, para deshacerse de ellos con menos estrépito. El crédito de Tomás Urisley, consejero de estado, salvó la vida á muchos; pero Enrique, no haciéndose menos odioso por sus gracias que por sus furores, dijo que hubiera querido perder á todos, y que solo el temor de la infamia le detenia. Sin embargo, ni este temor, ni la memoria de las últimas palabras de Catalina, moribunda, pudieron sustraer de las sutilezas de su incredulidad á Juan Forest, religioso del mismo orden y antiguo confesor de Catalina. Elevaron al mártir en el aire, en una plaza de Londres, y despues de haberle atado por los brazos á dos horcas, encendieron debajo de sus pies un fuego lento, el que conservaron hasta que todos sus miembros fueron sucesivamente consumidos. El tirano trató á los señores mas distinguidos del

mismo modo que á estos humildes religiosos. Leonardo Gray, virey de Irlanda, fue degollado por la misma adhesion que ellos á la fe de sus padres, así como Nicolás Carcis, general de la caballería, y caballero de la Jarretiera.

El orgullo y la ferocidad habian llegado á ser el móvil de todas las resoluciones de Enrique, y así hereges como católicos, venian á ser indistintamente sus víctimas, en el momento en que contradecian sus caprichos. Un cierto Lamberto le fue delatado como sacramentario; convocó una grande asamblea en el palacio de Westminster, y quiso él mismo disputar con el acusado (1). La argumentacion fatigó en breve al impaciente Monarca, que propuso á su antagonista, como lo habia practicado ya en otra lucha semejante, ó que se confesase vencido, ó fuese quemado vivo. Lamberto escogió la muerte: le colgaron sobre una hoguera, que no le abrasó al principio mas que las piernas y muslos: despues de lo cual dos oficiales le levantaron con sus alabardas, viviendo y hablando todavía, y luego le dejaron caer en las brasas, donde fue reducido á cenizas.

Sin embargo, el vicario zuingliano del Papa anglicano, Cromwel, trabajando por su secta bajo el velo de auxiliar á su gefe, destruía las imágenes de la Virgen y de los Santos, saqueaba los sepulcros de los Mártires, y profanaba sus reliquias. Enrique, alucinado por su propio capricho que le habia inspirado

(1) *Sander. l. 1. p. 170.* = *Burn. t. 1. l. 3. p. 346.*

una aversion frenética contra Santo Tomás de Cantorberi, defensor muy particular de la autoridad de la Iglesia y de su verdadera Cabeza, pasó con el delirio del furor hasta querer ajar las palmas celestiales de que estaba coronado (1). Envió primero á saquear su sepulcro y todos los tesoros de la iglesia cuya silla habia ocupado: veintiseis carros destinados á esta desolacion sacrilega, apenas pudieron contener los dones preciosos consagrados al culto de aquel ilustre Mártir por los votos de los Príncipes y de los pueblos. Solo el oro que cubria su caja llenó dos cofres, cuyo peso oprimía á ocho hombres robustos. Despues de esto el tirano, por una estravagancia que hizo poner en duda si era mas impío que insensato, citó al Santo á su tribunal, é hizo comparecer en él su caja; le condenó como reo de lesa Magestad, y ordenó que su nombre fuese borrado del catálogo de los Santos. En su consecuencia, prohibió á todos sus vasallos, con pena de muerte, celebrar el día de su fiesta, implorar su intercesion, visitar el lugar donde habia estado su sepulcro, y aun hasta tener calendario en que se hallase su nombre. En fin, mandó quemar las reliquias de su cuerpo que estaban en la caja, y se esparcieron las cenizas. Esta indignidad enfureció de tal modo á los que conservaban todavía algun resto de religion ó de juicio recto en Inglaterra, que

(1) *Burn. l. 3. p. 335.* = *Le Grand. Def. de Sander. t. 1. p. 296.* = *Godw. Le Sleid. ad ann. 1538.*

compararon á Enrique con los tiranos mas odiosos que habian manchado el universo, y llegaron sus clamores hasta resonar en Roma.

50. Paulo III fuera de sí con la noticia de estos escesos, creyó que todos los respetos no podian ya servir en adelante mas que de aumentar el escándalo. Hacia tres años que habia fulminado la última sentencia contra este Príncipe corruptor de su pueblo, pero cediendo á las sollicitaciones reiteradas de algunos Soberanos y de otros muchos personajes ilustres, habia siempre prorogado la publicacion (1). A esta bula añadió otra nueva, con fecha de 17 de Diciembre de 1538: ambas fueron inmediatamente publicadas en Roma, y algun tiempo despues fijadas en todos los estados limitrofes de Inglaterra, en Tournay y en Dunquerque, ciudades del dominio de España; en Calais y en Bolonia, ciudades de Francia, y en Carlisle y San Andrés en Escocia. Lo mejor hubiera sido que Paulo III, bastante instruido de los peligros á que espone la escesiva estension del poder pontificio, se hubiese contenido dentro de los límites espirituales y divinos de esta autoridad; pero hay ciertas pretensiones, ó á lo menos ciertas fórmulas y estilos, que no las corrigen ni el curso de los tiempos ni la leccion de las desgracias: sin duda se olvidó en su enojo de los males que en tiempo de la ignorancia se originaron de pretender, aunque de buena

(1) *Const. Pont. t. 1. Paul. III. Const. 2.*

fe, absolver á los vasallos del juramento de fidelidad á su Monarca. Como quiera, Paulo, reuniendo en su constitucion las fórmulas mas terribles de sus antiguos predecesores, pronunció, que si Enrique no comparecia en Roma dentro de tres meses, no solo quedaria sujeto al anatéma de la Iglesia, sino tambien privado de su reino, y sus cómplices de todos sus bienes, y él y ellos reputados infames, incapaces de testar y de servir de testigos: los hijos que pudiese haber tenido de Ana Bolena inhábiles para toda dignidad: sus vasallos y los de sus afectos dispensados de todo juramento y empeño respecto de su persona. Estendiase hasta escitar á su nobleza y á todos sus vasallos, así como á todas las naciones católicas, á tomar las armas para arrojarle de su reino.

Esta bula fulminante, lejos de conmovier el trono de Enrique, acabó de arruinar en Inglaterra la potestad de los Papas; porque de aquí tomó el pretesto aquel Príncipe para inducir á casi todos los obispos á declararse formalmente contra la santa Sede. Juntó en breve cierto número de ellos y de abades, y todos unánimemente, poniendo por principio que Jesucristo habia prohibido á sus Apóstoles apropiarse el poder de la espada ó la autoridad de los Reyes, resolvieron que el Papa era un tirano que arruinaba el reino de Jesucristo. En consecuencia, hicieron juramento espreso de sustraerse de la autoridad de los Papas, como de un derecho usurpado. Esta resolucion, firmada por diez y nueve obispos y veinticinco doctores, que

ganaron en breve á otros infinitos, fue el golpe mortal que recibió en Inglaterra la unidad católica. Confirmado de este modo el cisma con su último sello, introdujo alternativamente la heregia, su compañera casi inseparable, y todas las sectas aun las mas odiosas al ciego Monarca.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEXAGÉSIMO-SEGUNDO.

- N.º 1. Ignacio da á su institucion el nombre de Compañía de Jesus. 2. Trabajos apostólicos de Ignacio y de sus primeros discipulos. 3. Libro de los egercicios de San Ignacio. 4. El Santo es calumniado por un herege encubierto, y despues justificado solemnemente. 5. Su compañía es aprobada verbalmente por el Papa. 6. Libro de la concordia. 7. El luteranismo es introducido en Misnia y en la casa de Brandembourgo. 8. Los doctores luteranos aprueban la poligamia del landgrave de Hesse. 9. Libro de Lutero acerca de los concilios. 10. Sus indecentes y miserables bufonadas contra el Papa. 11. Estatuto de sangre. 12. Castigo de los obispos hereges de Salisburi y de Worchester. 13. Enrique VIII casa con Ana de Cleves, la repudia, y vuelve á casarse con Catalina Oward. 14. Desgracia y suplicio de Cromwel. 15. Otras muertes violentas. 16. Jorge Buchanan. 17. El Rey de Inglaterra quita la vida á Catalina Oward, y casa otra vez con Catalina Parri. 18. Partida de San Francisco Javier para las Indias. 19. Aprobacion auténtica de los clérigos regulares de la compañía de Jesus. 20. Noción del instituto de San Ignacio. 21. Progresos de su compañía.*